

EL PAIS-BALSA

SINTESIS DE LA HISTORIA DE HUNGRIA

Trabajo leído en la sesión Académica de 12 de Marzo de 1949

SEÑORES ACADÉMICOS:

Cuando al principio del año 1945, llegué a esta ciudad, como un fugitivo sin patria, con las manos vacías, desvalijado de todo, encontré entre ustedes un recibimiento tan único en su cariño y en su desprendimiento, como no puedo imaginar ni en tierra francesa, inglesa o alemana, ni en ningún país de Europa, excepto en Hungría. Permítame que diga sinceramente que esta hospitalidad española y andaluza que rebasa con mucho toda moral indo-germánica, que no inquiere en el extranjero su raza, ni sus creencias, ni sus pensamientos, y solo mira en él que es un hombre y un perseguido; esta misma generosidad que brota del corazón y que nunca llega a ser servil, pues no pierde la conciencia de su orgullo, me recuerda en todas las ocasiones mi patria húngara. Como ustedes me recibían aquí en Córdoba, así recibían las familias húngaras en sus casas, durante la guerra mundial, a los altivos y harapientos refugiados polacos, que ni siquiera eran afines por la raza, sino eslavos, y que venían huyendo de los alemanes, nuestros aliados, y en contra de su expresa prohibición.

* * *

Cuando mi corazón se llenó de calor de vuestra hospitalidad, entonces me compenetré de que hay algo de común entre ustedes y nosotros, a pesar de vivir en los dos bordes opuestos de Europa; ustedes a las puertas de Africa, en una península rodeada de mares y nosotros en los confines asiáticos, encerrados en un continente sin mar. Entonces comencé a avergonzarme; pues nada sabía de vuestra Historia.

Si uno encuentra a un extranjero simpático, instintivamente su primer pensamiento será: quién es el padre de este hombre interesante, y qué fué su niñez? Así comenzó a interesarme el origen del pueblo Español y la historia antigua de los Iberos. Y enseguida des-

cubrí que los rasgos semejantes entre los pueblos Español y Húngaro se hallaban precisamente en la circunstancia de ser los dos extranjeros en Europa. A pesar de que ambos pueblos hemos experimentado desde miles de años la influencia europea, y nos mezclamos con los pueblos indogermánicos, adquiriendo sus costumbres, además de recibir una larga serie de Reyes de ellos, vosotros a los Habsburgos, a los Borbones y a los de Foix; nosotros a los Habsburgos igualmente, y más antiguamente a los Jagellones y a los Anjou. Pero sin embargo, jamás fuimos infieles a nuestro origen, y tanto españoles como húngaros, permanecemos en los dos confines opuestos de Europa, como pueblos particularmente encerrados en sí mismos. Si Joaquín Costa, dijo: «Africa, para cada español comienza en la planta de los pies y acaba en los pelos de la cabeza», igualmente puedo yo decir que la historia y el carácter del pueblo húngaro queda determinado hasta hoy por su origen asiático.

* * *

Podemos decir lo mismo del pueblo español que del húngaro, que su historia no tiene principio.

En los comienzos del siglo pasado, Alejandro Csoma de Körös, buscaba en el Tíbet el origen de la raza uralo-altaica, (de la cual el húngaro es la raza encallada más hacia el Occidente). En las últimas décadas mi ilustre amigo Guillermo Hevesi, siguiendo la vieja cultura pre-elamita, pensaba descubrir el origen de los húngaros en el valle de Mohenjo-Daró (hoy el Indo).

Pero la gran diferencia entre vuestros antepasados y los nuestros consiste en que ya los más antiguos iberos de los tiempos remotos de la cultura argárica y capsense, encontraron a través del estrecho de Gibraltar el camino que los condujo a esta península cerrada, defendida por sierras y por mares de todo enemigo que hubiese estorbado su desarrollo posterior. En tanto que la masa de las tribus uralo-altáicas estuvo continuamente atormentada por enemigos más fuertes y más organizados que ellas, y fueron empujados sin cesar a través de las ingentes estepas euro-asiáticas, más y más hacia el Occidente.

No es mi intención acompañarlos a través de todas sus complicadas peregrinaciones, ni descubrir sus seculares convivencias asiáticas con tribus de raza turca, de las cuales hasta hoy guarda la lengua húngara vestigios. En el interior de Rusia guardan recuerdo de su paso una serie de fracciones de pueblos afines en su raza; ossetes, mordvinos, cheremises, ostjakos, votjâkos, vogulos y muchos

otros. Hoy día todos estos pueblos son míseras tribus indigentes y su número no puede señalarse en millones sino en miles. Lograron mantenerse durante los largos siglos de la dominación del Imperio Tártaro; pero fueron ahogados en el inmenso mar de la masa amorfa rusa. Sus restos ya no tienen otro interés que el del punto de vista científico, pero el dialecto que hablan entre ellos, todavía suena húngaro. Los prisioneros húngaros que al final de la primera guerra mundial, en la confusión de la revolución rusa, lograron huir hacia los Cárpatos, llegaban a menudo en su espantosa peregrinación a pueblos donde comprendían lo que los campesinos de allí les decían en su lengua casi moribunda.

* * *

La peregrinante comunidad húngara ya se encontraba a este lado de los Urales cuando la masa de sus tribus se escindió. Una parte—los antepasados de los hoy finlandeses, letones, estones y lapones—volvieron de nuevo hacia el Norte; la otra—los húngaros de hoy—fueron arrinconados en el Sur-Oeste, entre los pantanos de Maeotis. Pero los dos se sintieron instintivamente atraídos por el Occidente, buscando a Europa,

Hoy, pasado mil años, todos estos pueblos—tanto los estonienses y los finlandeses como los húngaros—fueron repelidos por las grandes naciones occidentales, hacia el gran estómago ruso, que todo lo digiere. Este es el último acto de una tragedia de la Historia Mundial, de la cual nadie habla. Los rusos destrozan hoy ante nuestros propios ojos las últimas ramas occidentales de un viejo tronco de pueblos que antaño era inmenso.

De la época de esta peregrinación solo quedan fragmentos incoherentes de leyendas, en boca del pueblo húngaro, y en palimpsestos latinos. Los científicos dan por posible que son los restos de una perdida epopeya heroica. No sé si esto es así, pero a penas puedo imaginarme un objeto más apto para epopeya que esta legendaria peregrinación, cuando un pueblo de la Puszta, la Estepa que jamás había visto montañas, escaló con sus pequeños caballos las intransitables cumbres de los Carpatos, de tres mil metros de altura, donde la nieve es eterna... Desde las sierras, se lanzaron ávidos, sobre las grandes llanuras que existen entre el Danubio y el Tisza; y con esto, se introdujeron como una cuña entre los eslavos de Oriente y Occidente. Disgregaron el gran país del rey eslavo Szvatopluk, y con esto impidieron que se constituyese en Europa central un imperio

eslavo que hubiera cambiado toda la historia del mundo, cerrando el paso a la formación del sacro imperio romano germano.

* * *

De todo esto se destaca claramente, que en tanto las tribus ibéricas podían vivir durante miles de años solas, aisladas en su península, la existencia de las tribus húngaras era una lucha continua de vida o muerte con vecinos de raza extranjera más fuerte que ellas, que querían exterminarlas. Por eso el desarrollo individual de los viejos íberos sobrepasaba en mucho al de los húngaros primitivos. Ellos eran más cultos hacia el año quinientos, antes de Cristo, que los húngaros hacia el novecientos, después de Cristo. En la Hispania antigua se producían cereales y vinos, se introducía la arquitectura, las explotaciones mineras y los conocimientos técnicos de la metalurgia; surgió el arte de construir armas, cerámica, cestería, tejidos. Numantia era una gran ciudad con ocho mil habitantes ya antes de la llegada de los romanos. Las tribus húngaras por el contrario, en el siglo diez después de Cristo todavía habitaban en tiendas, las flechas eran sus principales armas, la carne la ablandaban debajo de sus monturas y la secaban sin sal. No conocían la uva. Para su bebida fermentaban la leche de yegua. Eran salvajes y fieros asiáticos. Su medio de vida fueron la caza y la guerra. Sin embargo, no luchaban nunca entre ellos como las viejas tribus ibéricas, pero sí unidos contra otros pueblos. Sus clanes eran más unidos y disciplinados que los caballeros cristianos de la Europa de entonces. Toda Europa los temía y la cristiandad de los siglos nueve y diez rezaba en todas sus iglesias entre la letanía «De peste, fame, bello, de omnium, malorum, de sagittis hungarorum libera nos, Domine».

Al lado de esto, aquellos bárbaros bestiales sobrepasaban en su desarrollo social, con mucho a los íberos, los cuales en su libertad por no tener vecinos, no sentían una apremiante necesidad de organizarse. Las tribus ibéricas no tenían en verdad ninguna organización. Las más de las veces ni un caudillo. Cada tribu tenía otros dioses y otra lengua. Y si algunas tribus se unían contra otras—o más tarde contra los romanos—esto solo era una alianza ocasional y de corta duración. Por el contrario, las tribus húngaras—en su continua lucha por la existencia—fueron muy pronto constreñidas a su unión social. Después de la gran escisión de la cual hablé anteriormente, los ciento ocho clanes húngaros que habían permanecido juntos, se dividieron tan solo en siete tribus. Sus nombres eran: *Tarján, Jenó, Kari, Kazi, Nyéki, Megyeri y Kúrtgyermat*. Las siete tribus hablaban una mis-

ma lengua y seguían una misma religión. También su escritura era la misma, el «rovás», cuyos signos cuneiformes grababan en varas de abedul. Cada tribu tenía su caudillo, y en la elección de él, así mismo como en el consejo de la tribu tomaban parte todos los guerreros. Estos ciento ocho clanes de igual derecho, son los antepasados de la más tarde nobleza húngara, mientras que los que después llegaron a ser los siervos, son los descendientes de la población indígena, encontrada a la conquista del país, o inmigrada después. Es por esto, por lo que la nobleza en Hungría era siempre mucho más numerosa que en los países occidentales, constituyendo ella la nación casi por entero. De sus primitivas asambleas tribuales ha surgido la dieta, la asamblea de la nobleza del país; el más viejo parlamento gobernante de Europa.

La tribu *Megyeri* fué la más numerosa de las siete y dió nombre a la nación en formación. (*Magyar* es la palabra que significa húngaro) Y cuando los siete caudillos de las siete tribus concertaron alianza para la campaña de los Cárpatos, de esta tribu fué elegido *Almus*, el primer jefe común. Después de haber conquistado el país en el año ochocientos noventa y seis, en una asamblea en *Pusztaszer*, hicieron hereditaria la unidad de las siete tribus con un contrato de sangre y convinieron «que hasta que la sangre de *Almus* sobreviva, de esta elegirán el caudillo común». Con esto, la organización política y social de la nación húngara unida era completa desde su llegada de Asia, cien años antes del comienzo de la monarquía cristiana.

Desde luego la Hungría es desde sus comienzos un «país balsa», porque este país vacila verdaderamente siempre entre Asia y Europa, como una balsa entre las dos orillas de un río. La pobre balsa que soporta una nación, no tiene velas ni fuerza de vapor, y su timonel debe adaptarse en las tempestades a todas las corrientes del río y nunca se puede decir, con seguridad, cuando y en qué orilla atracará...

En la época de los caudillos encallaba en la orilla asiática, siendo el espanto de la Europa culta. Fué el quinto caudillo común, llamado *Gyeics*, quien condujo la balsa hacia la orilla de la Europa cristiana. A *Gyeics* no fué una convicción de fe, sino una razón política, lo que le impulsó a hacer bautizar a él y a sus hombres, y a establecerles en casas de piedra. Este fué el momento que decidió la suerte de la comunidad húngara, porque *Gyeics* debía elegir entre Roma y Bizancio. Al principio eligió equivocadamente. Se convirtió a la fe oriental y recibió una corona del emperador de Bizancio. Si en esta

posición hubiese permanecido, la Hungría habría desaparecido, absorbida entre los eslavos de los Balcanes como los Búlgaros de origen mongol—y muchos otros; y como serán absorbidos mañana los rumanos, por su fe oriental—Pero Gyceics titubeó hasta el fin. Nunca coartó la labor del proselitismo de los sacerdotes de Roma, y dejaba de buen agrado que un obispo bávaro bautice su único hijo el caudillo *Vajk*, en la fe católica romana, dándole el nombre cristiano de *Esteban*. Este caudillo *Vajk*—que fué el rey San Esteban—y su mujer la bávara *Gisela*, pusieron al país bajo el patronato de la Santa Virgen, la que desde entonces es llamada «*Patrona Hungariae*». El santo rey sabía que tal determinación decisiva solo podría ejecutarse con mano dura y sin regateo. Fundó obispados, invitó a los sacerdotes de Italia y Alemania a venir al país, castigó con la muerte la práctica de la vieja fe, abatió en guerra sangrienta a los caudillos rebeldes de las tribus paganas. Al jefe principal de ellos, llamado *Tonusoba*, hizo enterrar siguiendo el viejo rito pagano sentado sobre su caballo y con su mujer, pero vivo. El Papa Silvestre II—que durante algún tiempo estudió aquí en Córdoba—dió al rey Esteban y a sus descendientes, no solo la sagrada corona, sino también el título de rey *apostólico* con el derecho de usar en su escudo la doble cruz de los apóstoles. «Yo soy sucesor de los apóstoles»—escribía en su carta—«pero Esteban es un apóstol mismo». En el escudo húngaro, al lado de los cuatro ríos y en la cumbre del centro de las tres sierras, se puede ver hasta hoy la doble cruz apostólica. Y si alguno de ustedes ha visto alguna vez una moneda de la monarquía austro-húngara, podrá recordar la leyenda que dice: *Franciscus Josephus primus dei gratia Imperator Austria et Rex Apostolicus Hungariae*. La corona, cruz y título dados por el Papa, permanecieron durante mil años símbolo del estado húngaro, heraldos de la llegada de la balsa húngara a las orillas de la Europa culta. Así quedó exactamente hasta el año 1945, en el que las grandes potencias de este civilizado occidente aprobaron rechazar a Hungría hacia la orilla asiática, sometiéndola al dominio de los eslavos orthodoxos del oriente. Desde entonces no existen ni la corona, ni la cruz doble, ni el escudo de Hungría lo sostienen ya ángeles, ni en el día de San Esteban llevan ya en procesión la mano derecha del santo rey milagrosamente incorrupta desde hace mil años, y tampoco al estandarte húngaro sonríe ya la *Patrona Hungariae*.

* * *

La conversión a la fe cristiana no fué tan sencilla en Hungría como en la península ibérica, porque la atracción de la orilla asiática no cesó nunca. Los tres siglos de reinado de los monarcas de la casa de Arpád se pasaron en una lucha continua de vida y muerte entre los húngaros de tendencia oriental y occidental. Contra los reyes, se sublevaban uno tras otro, los príncipes paganos de la misma casa real; que vivían en tiendas, sacrificaban caballos blancos y declaraban la guerra contra el Occidente extranjero. En contra del estandarte de la Virgen María, siempre volaba el buitre asiático —el pájaro legendario *Turul*—símbolo de los antiguos húngaros asiáticos. La guerra civil, siempre recrudecida a través de tres siglos y llena de crueldades capaces de erizar el cabello, era más que una guerra de religión entre cristianos y paganos: *Era la guerra del Oriente contra el Occidente*. La guerra de los húngaros encerrados en sus tradiciones asiáticas, contra los húngaros asimiladores y europeizantes. Los príncipes Arpád disidentes, se apoyaban ora en las tribus paganas de los *Kumanos* y otros, ora en los reyes eslavos del rito oriental, o en los emperadores de Bizancio, mientras que los monarcas católicos recibían ayuda de Alemania o Italia católica, y se enlazaban con las casas que reinaban en los diversos estados itálicos o alemanes. La cruz siempre venció al pájaro *Turul*. El país balsa se ha anclado sólidamente en la orilla de Europa. Pero en estos derramamientos de sangre se perdía todo vestigio de la antigua vida y arte húngaras, pues los propagadores de las nuevas creencias destruían todo lo que recordase a la vida de bandillaje de las estepas. Hasta que obligaron al pueblo a usar el alfabeto latino, los ropajes y las costumbres occidentales.

Pero de todo este diluvio de sangre, salieron incólumes los dos tesoros más grandes de Hungría: *El antiguo idioma y el viejo gobierno democrático*. Tantas cuantas veces los reyes cristianos pretendían implantar la autocracia eslava o la jerarquía del feudalismo occidental, siempre chocaron con la oposición unida de toda la nobleza. En contra de las graduaciones del derecho occidental, siempre quedaba incólume el principio de la *«una eademque nobilitas»*, la cual no conocía diferencia entre noble y noble y solo reconoce al soberano por la voluntad del pueblo. En tanto que Alemania, Italia, Francia y España nunca formaban una unidad, sino que se dividían en principados, condados, etc., propiedades de los diversos señores feudales, la vieja unidad húngara, fiel a sus tradiciones asiáticas resistía a través de toda la edad media, al feudalismo indogermánico. En 1222, el mismo rey

Andrés II, el cual acababa de recibir del Papa el título de Rey de Jerusalem por su cruzada victoriosa en Tierra Santa, encontró a su vuelta al país en un motín sangriento y a su esposa asesinada, todo por haber ido a Tierra Santa sin la sanción del parlamento. Fué obligado a reconocer el derecho a la nación, representada por la nobleza, para no solo elegir rey libremente, sino para deponerlo del trono en el caso de que no acatara la voluntad del parlamento. Este tratado entre el parlamento y el rey del año 1222, llamado Bulla Aurea por su sello, quedó durante cinco siglos como base de la constitución húngara.

Las dos detronizaciones revolucionarias de la casa de Habsburgo en las Dietas de Onad en 1705 y en la de Debrecen en 1848, surgieron por el único motivo de no respetar el rey los antiguos fueros parlamentarios de la Bulla Aurea. En ambos casos, la casa reinante no podía aplacar la revolución nacional más que con la ayuda de ejércitos extranjeros. En 1711, gracias a fuerzas alemanas y en 1849 gracias al ejército ruso. Pero en ninguna de las dos ocasiones se pudo vencer la resistencia nacional, y en ambos casos se vieron obligados a devolver al país el antiguo gobierno parlamentario.

2.

Extinguida la casa de Arpad en las seculares guerras fratricidas, la Hungría alcanzó su mayor potencia territorial en la segunda mitad del siglo catorce, bajo la dinastía de *Anjou italianos*, los cuales llegaron también al trono de Hungría por elección libre. El imperio húngaro creció gigantescamente. Sus fronteras eran por el Este el Mar Negro, por el Sur la bahía de Nápoles y por el Norte el Mar Báltico. Nápoles, Varsovia y la entonces llamada Rusia Roja se rendían a los ejércitos victoriosos del Rey húngaro.

Pero la lucha interna del Oriente contra el Occidente no se extinguió por completo ni siquiera en la época más brillante de la gran Hungría. El rival en la elección para el trono de *Carlos Roberto de Anjou* fué *Csák Máté*, el más típico representante del hungarismo asiático. Una vez más quedó victorioso el Occidente. La corte del rey *Luis el Grande de Anjou* reflejó completamente la cultura renacentista de la Italia del siglo catorce. La Universidad de *Pécs*, fundada por él y todavía existente, era la muestra de las más altas escuelas del Renacimiento.

Bajo la influencia occidental que todo lo arrebatava, se formaban a la manera feudal condados y baronías, y gracias a esta nueva aristocracia pudo llegar al trono en 1387 el luxemburgués *Segismun-*

do, esposo de María, hija de Luis de Anjou. Este rey Segismundo fué también un rey completamente occidental, pues fué el defensor del pontífice contra el concilio de Constanza. Por eso, los fieles de la orilla asiática lo consideraron siempre extranjero. No eran los aristócratas los que se revelaron contra él, sino la pequeña nobleza húngara unida, la «*una eademque nobilitas*». Lo apresaron y lo arrojaron en la cárcel, forzándolo a que respetase los derechos del parlamento del «*arma et ordines*».

Verdad que esto era tan solo un parlamento de los nobles, pero era la nación. El poema que glorifica los treinta nobles decapitados por Segismundo, figuraba mucho más tarde en 1848, cuando la guerra de independencia por la abolición de los privilegios de los nobles como una poesía popular y revolucionaria, porque estos treinta nobles rebeldes y decapitados, no representaban una clase privilegiada, sino a la nación misma. El éxito de esta sublevación no fué otro que en la época de los Arpad. Los derechos del parlamento quedaban a salvo, pero por lo demás, la cultura occidental era la vencedora. Segismundo, después de treinta años de reinado, colocó sobre su cabeza las coronas de Lombardía y de Bohemia, al lado de la de Hungría, y además fué elegido poco antes de su muerte emperador del sacro imperio romano germano.

La aristocracia feudal formada al estilo occidental aparentemente toma todo el poder. Pero a pocos decenios más tarde, a la muerte del pequeño rey *Ladislao V*, inesperadamente se agolparon delante del castillo de Buda, sobre el Danubio helado, cuarenta mil nobles llegados a caballo de todo el país. «*Una eademque nobilitas*» Y declararon en contra de la voluntad de los grandes señores, hacedores de reyes, que elegían por rey a *Matías Corvino* oriundo de una familia de sencillos nobles de Transilvania.

Este fué el más grande de los reyes húngaros. Sus ejércitos conquistaron Viena, Breslavia, Praga. Toda la Silesia, el Lausitz y la Moravia fueron unidos a la corona húngara. Fué el soberano más culto de su época. Su palacio de Visegrad es una creación fenomenal del Renacimiento italiano adaptado al estilo húngaro. Su biblioteca, la Corvina de fama mundial, era la mayor y más preciada colección de libros de su siglo. Su mujer fué Beatriz de Nápoles; su secretario el italiano *Galeotto Marzio*, y su corte unía juntamente con los hombres célebres del Renacimiento italiano, como *Filippo Lippi* ó *Regiomontano*, a los escritores, artistas y arquitectos húngaros, educados a la manera occidental, que rivalizaron con los mejores de

Italia. La imprenta de *Andrés Hessz* comenzó a funcionar en Buda en 1472.

* * *

En una sola generación se precipitó el pueblo húngaro desde lo alto de su zenit hasta la aniquilación nacional, cuando Asia cayó sobre él. Los Turcos. Durante tres siglos y medio, desde 1526 hasta 1867, no volvió el país a ser unido ni independiente. En los primeros ciento cincuenta años, las dos terceras partes eran provincias del Sultán y la parte restante estuvo bajo el dominio alemán. Tanto el Sultán como el Emperador se hacían titular Rey de Hungría. Es generalmente conocido que la húngaridad aliada con los alemanes fué el amparo defensor de la Europa cristiana contra los turcos paganos, desangrándose en eternas guerras, haciendo con esto posible el desarrollo pacífico de la cultura de los estados occidentales. Pero si Nicolás *Zrinyi*, Esteban *Dobó*, Jorge *Szondi* y muchos otros caían en la defensa del Occidente, no es menos verdad que por el contrario Juan *Szapolyai*, en el siglo dieciseis, y *Tókólyii*, en el siglo diecisiete, sitiaron a Viena, aliados con los turcos y amenazaron la existencia misma del cristianismo occidental.

Los dos contrarios conceptos políticos (Oriente y Occidente) pusieron frente a frente al húngaro contra el húngaro. Pero los dos grupos eran tan húngaros y patriotas, el uno como el otro. Los unos con la ayuda de los turcos, los otros con la de los alemanes, querían restablecer la unidad nacional. Cuando el país hundido en dos pudo volver a soldarse, trescientos años después, fué recibida esta unión nacional con el mismo júbilo tanto por *Buda* como por *Kolozsvár*, por los católicos como por los protestantes; por los occidentales como por los orientales. Ni una voz se alzó en contra; ni a la más mínima parte de la opinión disgustó la unión.

A la invasión turca sucedió en Hungría la opresión alemana, a los asoladores bajás turcos, los sañudos generales austriacos, a los grandes visires mahometanos, exterminadores de los húngaros, sucedió su Eminencia el Cardenal Kollonich, con su conocido lema «*Faciam Hungariam primum men licam deinde catholicam postea germanicam*». De hecho él consiguió que la Hungría fuese mendiga completamente, que volviese a ser católica en sus dos terceras partes, pero jamás consiguió que en ninguna de sus partes fuera germánica.

* * *

A pesar de la contrareforma de los Habsburgos, una tercera parte

del país permanece hasta hoy protestante. Porque debe comprenderse que la reforma no fué en Hungría únicamente una cuestión religiosa, sino política sobre todo, y por esto es por lo que el campesino húngaro llama todavía al calvinismo «religión húngara», contraponiéndola al catolicismo de los Habsburgos. Es de hacer notar que en la secular guerra de independencia contra la opresión occidental de los alemanes, los protestantes iban siempre los primeros. Ellos eran los húngaros más puritanos, ellos mantenían en alto el prestigio del idioma y de las tradiciones natales y ellos eran los verdaderos organizadores de todos los motines armados contra el alemán. Pero tan eficaces como resultaron para defenderse contra el Occidente, fallaban lamentablemente con la misma eficacia cuando la agresión venía de la parte asiática. Los señores protestantes de Transilvania siempre se sometían a los turcos. Contra la opresión turca del Oriente se resistía únicamente la Hungría católica.

La situación hoy no es otra. Como clara consecuencia del derrumbamiento del poder austriaco, los protestantes llegaron al poder en Hungría, primero con el almirante protestante *Horthy*, y después con el presidente protestante *Tildy*. Pero el protestantismo se manifiesta hoy de nuevo incapaz de resistir a la agresión oriental y del mismo modo en que se sometían hace siglos a los turcos, así hoy se rinden a Stalin. Como siempre, a través de mil años, es el catolicismo quien defiende la cultura romana contra Asia, y conocemos todos al héroe y mártir de esta resistencia nacional que es el Cardenal *Mindszenti*, arzobispo de *Esztergom*. Comprenderán ustedes entonces por qué es que todos los conquistadores occidentales favorecen en Hungría a los católicos, en tanto que todo conquistador oriental fortalece el elemento protestante. Así se fortaleció el protestantismo en Transilvania en los siglos del imperio turco, y en mismo modo se esfuerza ahora el poder ruso en debilitar el catolicismo. Así se turnan las dos corrientes en defensa de la independencia del país, según que las rocas de la orilla asiática o europea hagan peligrar la balsa.

Pero las dos confesiones son igualmente sobre todo húngaras. La diferencia religiosa entre ellas nunca degeneraba tanto como en el culto Occidente. Cuando en el Occidente se enseñaba la más feroz guerra de religión, la dieta de *Torda* declaró que no era lícito perseguir, detener o dar tormento a nadie por sus convicciones religiosas. La mayor rebelión contra el poderío autocrático de los católicos Habsburgos fué acaudillada por un príncipe de Transilvania católico muy observante, *Francisco Rákóczy II*, a pesar de que su ejército se

componía enteramente de la pequeña nobleza protestante. Y es notable que el ejército imperial alemán que derrotó a la revolución de este mismo Francisco Rákoczy, estaba mandado por otro aristócrata húngaro *Alejandro Károlyi*. Cual de ellos era el traidor? Ni uno ni otro. Ni el uno que desconfiaba de toda comunidad con la potente Alemania, temiendo por la independencia y la libertad del país; ni el otro que veía el porvenir de la nación en la asimilación con el occidental y esperaba volver a restaurar la libertad húngara en el seno del imperio de los Habsburgos.

Las dos orientaciones permanecen hasta hoy. El país balsa, nada siempre a favor de la corriente, como consecuencia de su situación geográfica entre dos culturas contrarias. Cuando *Francisco Deák* en 1867 concluyó la convención pacífica entre el parlamentarismo independiente húngaro y la casa reinante austriaca, el jefe de la oposición, que no quería entrar en ningún trato con Austria, el conde protestante *Ladislao Teleki*, se suicidó disparándose un tiro en la cabeza. El debía reconocer que la unión pacífica con Austria era el único camino viable, pero no podía seguir a su nación por este camino, porque tenía la convicción sincera, de que esta unión con la Europa central traería la perdición definitiva de Hungría. Este suicida, el conde Ladislao Teleki, era tataranieta de *Miguel Teleki*, canciller del último príncipe de Transilvania—el cual ciento cincuenta años antes eligió la alianza con los turcos en vez del compromiso con los Habsburgos; y el nieto de aquel mismo Ladislao—*Pablo Teleki*, fué ministro de Asuntos exteriores de Hungría durante la última guerra mundial y se suicidó también, en la primavera de 1941, para no tener que firmar una alianza con el alemán Hitler en contra de los estados eslavos del Oriente. El también reconoció que para Hungría, el agregarse a Hitler era el único camino viable, pero también como su abuelo, tenía la convicción de que este camino conduciría a la perdición del país... Tenía fe en sus creencias y sacaban sus consecuencias últimas. Quién se atrevería a decir que *nó* eran verdaderos hombres y verdaderos húngaros?

Oriente u Occidente. Tanto los unos que según la dirección moscovita gobiernan el país, enclavado en la esfera rusa, como los otros que organizan en Nueva York un gobierno en exilio bajo la protección de las potencias occidentales, son igualmente buenos húngaros. El problema húngaro no es comunismo o liberalismo, sino la eterna cuestión húngara: Oriente u Occidente,—Moscú o Washington,—cual de estos caminos tendrán que seguir para continuar siendo hún-

garos? Porque el húngaro debe elegir siempre entre los dos. «Dos enemigos hay en las orillas del Danubio. Mi única y buena espada es insuficiente para los dos». Este dicton proviene de *Valentino Tórok*, quien hace cuatrocientos años se vió acorralado entre el Sultán y el Emperador.

La expresión dos enemigos es exagerada. Al húngaro le es por igual extraño el Oriente y el Occidente. Pues la balsa tanto si ancla en la orilla europea o en la asiática, no encontró nunca una recepción amistosa. Cuando en 1242, a la invasión asiática de los tártaros, *Bela IV*, rey de la casa de Arpad, se refugió en Viena bajo la protección de su aliado cristiano *Federico II de Bábemberg*, éste se aprovechó de las circunstancias para encerrarlo y hacerle prestar por la fuerza juramento de fidelidad quitándole la santa corona y apoderándose de una parte del indefenso territorio. De mismo, en 1526, cuando el Sultán Solimán II comenzaba la marcha con su ejército gigantesco para ocupar la Hungría, el emperador alemán *Fernando, hijo de Felipe el Hermoso y Juana la Loca, y cuñado del rey Luis de Hungría*, no se apresuró a ayudar a su pariente, sino que esperó a que el infeliz Luis, sus veintiseis mil nobles y el primado de Hungría, el arzobispo Pablo Tomory, un predecesor de oficio del Cardenal Mindszenty, hubiesen muerto en el campo de *Mobács*, y a que en la capital de Hungría se izara la media luna en las torres de los templos cristianos. Solo entonces marchó con su ejército, no para salvar la libertad húngara, sino para anexionar las partes restantes del país. Y últimamente cuando en 1943, cuando los rusos empezaban a adelantar en dirección de nuestras fronteras, el presidente del consejo, *Kállay*, mandó un enviado a *Churchill* para someterse al Occidente y trabar una acción conjunta con él, *Roosevelt* negó su consentimiento y entregó a Hungría a la esfera de influencia rusa...

* * *

Así nos llegó después de la desaparición de los conquistadores alemanes occidentales y de los turcos de Asia, otra vez del Oriente el nuevo peligro eslavo. Esta vez las olas del eslavismo han sumergido en su seno completamente a la Hungría ya abatida. De nuevo, el hado, ha lanzado la balsa húngara a la orilla asiática, y también de nuevo se pueden apreciar las dos tendencias: la que quiere salvar al país por la adaptación al Oriente y la que cree que su seguridad está con el Occidente.

Las dos igualmente patrióticas. Como lo han sido siempre a lo

largo de la historia. Se mataban los unos a los otros, pero en un punto estaban de acuerdo, lo mismo en los tiempos de Tonusoba como en nuestros días. Este punto es: mantener firmemente, aún a costa de su vida, la unidad del idioma, del estado y la de constitución milenaria.

Durante trescientos cincuenta años, los conquistadores extranjeros prohibieron el idioma húngaro, y se esforzaban en convertir a los húngaros en turcos, o en alemanes; pero a pesar de todo esto, el idioma nacional es hoy tanto en esencia como en su estructura igual al de los tiempos de los primeros caudillos Almus y Arpád. Para aseverar ésto les diré a ustedes la primera frase del más antiguo monumento de la lengua húngara, escrito en alfabeto latino y con su pronunciación original:

Látjátok feleim szómtókkal mik vagyunk. Isal pur és hamuv vagyunk. La misma suena en moderno húngaro: *Látjátok feleim szemetekkel mik vagyunk. Ime por és hamu vagyunk.* Ustedes pueden apreciar la semejanza de las dos versiones. Cualquier niño húngaro puede leer sin dificultad estos textos de hace siete u ocho siglos. Sin embargo, sin una especial erudición, ningún alemán puede leer los Nibelungos, ni ningún francés la Chanson de Roland, ni ningún español el Cantar del mio-Cid. Pero no tan solo los húngaros conservaban su lengua inalterada, sino también sin ninguna diferenciación dialectal. Todos los húngaros hablan la misma lengua. Durante cuatrocientos cuarenta años estuvo la Transilvania arrancada del cuerpo de Hungría y sin embargo el húngaro del Danubio comprende al húngaro transilvano, como un hermano a otro.

La lengua húngara ha podido permanecer de tal modo unida y sin cambio a través de mil años, porque es el símbolo de la unidad del Estado, la idea del cual vive en cada húngaro a través de todo su pasado. El parlamento tradicional húngaro nunca dejaba, a través de estos mil años, de reunir a los representantes de todas las partes del país. Fué un parlamento de clase noble hasta 1848, y las clases nobles tenían poca representación en él. Después de ésto, tampoco estuvo el derecho de voto completamente generalizado, ni las elecciones fueron nunca impecables, pero el parlamento era todavía la unión de todo el país y la expresión de la libertad húngara. Ni el poderío turco, ni la opresión alemana, pudieron con él, ni los rusos logran ahora de suprimirlo. Cuando *Federico el Grande de Prusia* atacó a la joven emperatriz *María Teresa*, ésta llamó al parlamento húngaro en *Pozsony*, con el pequeño heredero de la corona en sus brazos, y se

volvió a «la libre nación húngara» para que le ayudase. Cincuenta años más tarde, el emperador Francisco, huyendo de Napoleón victorioso, volvió de nuevo a convocar al parlamento en Pozsony, la vieja ciudad de las coronaciones, que ahora es checa y se llama *Bratislava*. «*Totus mundus stultisat novasque constitutionos queris*» decía el emperador Francisco en su desesperado discurso ante la Dieta —«Vosotros, húngaros»— así continúa—«no podéis caer en esta locura mundial, porque tenéis una constitución que es vuestra desde hace mil años». Y también Napoleón mismo, victorioso, después de la batalla de Győr (*Raab*), se dirigía a la nación húngara, en una proclama en la que decía que solo quería restablecer la vieja constitución húngara.

...Fué la Hungría un departamento turco, fué también provincia de Alemania, y puede que sea un estado de la Federación Soviética, pero cualquiera que sean las corrientes de ideas contrarias que sacudan la balsa húngara, entre la orilla asiática y la europea, mientras que los niños que habitan entre el Danubio y el Tisza, balbuceen en el milenario idioma húngaro; mientras el también milenario parlamento húngaro, reuna en Budapest, de año en año a los representantes de la idea del estado unido e independiente; mientras que estas dos cosas existan, no hay ruptura con el pasado y no hay que temer por el porvenir.

Carlos Benedek